

## **ALGUNOS ASPECTOS DE LA NOVELA ARGENTINA.**

### **CONFERENCIA DEL DOCTOR ANTONIO AITA PRONUNCIADA EN LA FACULTAD DE LETRAS**

El doctor Aíta inició su conferencia sobre “Algunos aspectos de la novela argentina”, haciendo notar que en 1896, año de la aparición de Rubén Darío en los círculos literarios argentinos, la generación precedente, en la que sobresalieron Miguel Gané, Eduardo Wilde, Lucio López, Goyena, Mansilla, había cultivado el ensayo, la poesía, impresiones de viaje, filosofía ligera, cuadros de costumbres, pero no había tratado la novela. Sin embargo—dice— aunque vacilante en su conjunto, esa generación comenzó el estudio de la sociedad argentina, de sus tipos y costumbres; faltando en sus relatos novelados o novelescos “la seguridad técnica, el arte de la composición y la perspectiva: la trama no está trabada, los caracteres no alcanzan a modelarse, ni las formas verbales a vestir con armonía el pensamiento”. Recuerda a Lucio López que en 1884 pintó un cuadro de la sociedad porteña del Buenos Aires de 1880; a Cambaceres, autor de “En la sangre”, que traía el “fervor de un naturalismo exacerbado”; a Julián Martel, autor de “La Bolsa”, “el intento más serio de creación novelesca hecho en esa época”; y a Francisco Sicardi de “El libro extraño”. Y hace a continuación un interesante estudio de lo que creían los escritores argentinos a la aparición del gran bardo nicaragüense con sus nuevas inquietudes estéticas “más sensibles a la realidad espiritual del momento que las ideas del Evangelio Social de Zola, que ejercía una gran influencia en los centros de acción política y social”; diciendo que estos escritores acogieron con repudio a los que cultivaban formas nuevas, a los deseaban inculcar la expresión musical en la frase, que amaban el matiz sin confundir el vigor con la violencia, lo gigantesco con lo tumultuoso. “Frente a esas inteligencias juveniles, que amaban la disciplina del arte, era lógico el choque de tan diversas sensibilidades”.

Dijo, luego, el doctor Aíta, que la novela y el cuento aparecieron con la generación que dió a luz la revista “Ideas” en 1900,

dirigida por Manuel Gálvez y Ricardo Olivera. Hace ver que “La gloria de Don Ramiro” de Rodríguez Larreta, aunque éste por su edad podría ser de la generación anterior, pertenece a la época de “Ideas”, en que se va perfilando una nueva sensibilidad en la cultura argentina. Insiste en que el verdadero movimiento literario argentino se inició en 1896, con Rubén Darío, y hace un ágil y certero estudio de aquel, en el que un “grupo de escritores, que entonces aparecían como revolucionarios, hizo del arte literario una expresión de belleza”, destacando al poeta Leopoldo Lugones, como el único escritor representativo en el grupo que rodeó a Darío y ocupándose en forma elevada de la llamada generación de Lugones, a la que pertenecieron espíritus tan finos como Angel de Estrada y Roberto Payró, y un pensador original y agudo como Ingenieros

Ocupóse ampliamente en la obra de los creadores argentinos de la novela y el cuento, que no son los del grupo de Darío, sino los de la revista “Ideas”, grupo al que le cupo la misma suerte que al del 98 en España, avivando el amor por el paisaje y los caracteres nacionales; y en el que destacó a Gálvez, Quiroga y Rojas, que traen el paisaje nativo, los temas de inspiración autóctona; afirmando su preferencia de la emoción del paisaje humano de “Don Segundo Sombra”, sobre los episodios novelescos de Estrada. Se refirió también con sumo acierto a la situación estética de Darío en la cultura argentina, demostrando la influencia parnasiana que vino con él y se mantuvo por algún tiempo; así como la de la literatura francesa, dentro de la que además de lo parnasiano se marca lo romántico. Señala, luego, la tendencia de los poetas de entonces, como Oyuela, los románticos como Olegario Andrade y Rafael Obligado y los helenistas como Guido Spano. En cuanto a los prosistas de 1880, como Eduardo Wilde y Miguel Cané, dice que tuvieron influencia literaria inglesa; citando también a Lucio V. Mansilla, autor de “Una excursión a los indios ranqueles”; a Carlos María Ocantos, en quien—dice—se advierte marcada preferencia por los novelistas españoles Pereda, Pérez Galdós y Valera, al propio tiempo que declara que la literatura española no era entonces muy conocida, salvo uno que otro clásico; y a Avellaneda, en quien es notoria la influencia de Chateaubriand. El predominio del romanticismo francés—explicó—iniciase en 1830 en la “Asociación de Mayo” con Esteban Echeverría y duró hasta 1890, en que comenzó a ser desalojado por el evangelio social del naturalismo, cuyo animador fué Zolá, cuya influencia señalase mucho en la novela de Martel, así como la de Balzac. Añadió que el principal representante de la escuela naturalista fué Cambaceres. Y prosiguiendo en su crítica acerca de la influencia literaria francesa dijo que, después, fueron conoci-

dos los simbolistas, citando los poetas y novelistas franceses de esta escuela y de otras que eran más leídos e imitados en la última década del siglo pasado y primera del presente, incluyendo a Oscar Wilde, y Edgard Allan Poe (leídos en francés), como D'Annunzio, y los afrancesados Azorín, Valle Inclán y el poeta Juan Ramón Jiménez.

Señaló, luego, el curso literario seguido en la Argentina a partir de la guerra que estalló en 1914, que acusa preferencia por los temas vernáculos; así como las inquietudes artísticas de todo género aparecidas post-guerra, como los fenómenos vanguardistas, surrealistas, que imitan no pocos escritores jóvenes. Florece una generación literaria en torno del personaje del más grande poema gauchesco, Martín Fierro, que da su nombre a la revista literaria que les sirve de expresión; y el conferencista cita al poeta y ensayista Jorge Luis Borges y al Poeta Oliverio Girondo, dos brillantes figuras de esa generación cuyo movimiento, “que no llegó a ejercer una gran influencia en nuestra literatura, agitó un poco nuestro ambiente”. Refiriéndose a las preocupaciones de orden religioso, recuerda a Delfina Bunge de Gálvez, Gustavo Franceschi, Tomás Casares y al poeta Francisco Luis Bernardez. Se refirió a continuación, a la personalidad literaria de Lugones, ocupándose de la significación de la poesía argentina entre 1905 y 1917, lapso en el que señala tres épocas que corresponden a la aparición de Lugones, de Enrique Brachs y de Fernández Moreno, épocas y figuras a que dedica algunos amenos e interesantes párrafos de su conferencia. El doctor Aíta recitó de Leopoldo Lugones el soneto “Delectación amorosa” (De los Crepúsculos del Jardín); de Enrique Brachs la “Balada del Sol” y el soneto “Espíritu gentil que de Vallelusa...”; de Fernández Moreno “La vaca muerta”; y de Francisco Luis Bernardez el soneto “El día”, composiciones poéticas que fueron calurosamente aplaudidas.

Luego trató de la obra del novelista Roberto Payró, “que se resiente de cierta facilidad para escribir que adquirió en su larga vida de periodista, de la que está casi siempre ausente el análisis psicológico de los caracteres y la construcción artística”. Después de glosar muy someramente las novelas de Payró, hizo una comparación crítica entre la obra de éste y las novelas de Angel de Estrada, más artista que aquél, dueño de gran cultura literaria y de fina sensibilidad estética, estudiando al propio tiempo al autor de “Redención”.

Se ocupó, en seguida, de Enrique Rodríguez Larreta, el autor de “La gloria de Don Ramiro”—prosa clara y armoniosa, imágenes suntuosas y pasiones frenadas por la belleza estética—, de “Zogoibí”—estilizada visión de la pampa y sin auténtico contenido

real. Luego, de Manuel Gálvez, el autor de "La maestra normal" y de "La sombra del convento" que constituyen las expresiones más artísticas con que cuenta la novela argentina", en la que "el paisaje provinciano ha sido tratado con tanta intensidad artística que, a veces, al abandonar por un momento la lectura de la novela, hemos sentido en torno nuestro la ignorada tragedia que rueda por las calles desiertas, y el hondo misterio de la noche en aquellas calles de La Rioja, perfumadas por el aroma de los limoneros en flor". A continuación, de Horacio Quiroga, uruguayo de origen, autor de "Anaconda" "una de las personalidades de contornos más vigorosos de las letras americanas"; y de Paul Groussac, belga de nacionalidad, que dedicó 40 años de su vida al estudio de la conciencia argentina; en seguida, de Carlos Alberto Leumann y Eduardo Mallea, cultores de la biografía novelada de personajes amorosos y de la psicología del ambiente social, citando del último "Historia de una pasión argentina", de reciente aparición. Finalizó su conferencia el doctor Aíta recordando a Ricardo Güiraldes, el autor de la famosa novela "Don Segundo Sombra", que da perfil a la literatura argentina, y de otras dos novelas, "Xamata" y "Rosaura" de las que hizo ligerísima exposición, y a Benito Lynch, autor de "Los caranchos de la Florida" y de "El inglés de los güesos" que comparte con Güiraldes el prestigio legítimo en el género de la novela gauchesca, elogiando su obra en términos plenos de emoción. "Igual preocupación por la vida del campo, por los afanes e inquietudes del hombre de nuestra campiña, aparecen en las novelas de Acevedo Díaz, en los cuentos de Mateo Booz y de Juan Carlos Dávalos.

Biblioteca de Letras  
"También se asoma a la páginas de algunos libros de Hugo Wast. La novela de costumbres ha adquirido entre nosotros en los últimos años un desarrollo extraordinario. Todas las comarcas de nuestro territorio cuentan con agudos y perspicaces narradores; es así como la literatura argentina, que hasta hace pocos años contaba como único centro de actividad literaria del país a la capital política de la Nación, su misma vitalidad ha determinado la formación de pequeños grupos provincianos, los que con preferencia se han dedicado al estudio de la historia y de las costumbres de cada región. De ese modo, de lo particular han ido a lo general, y estas obras, en las que alienta un poderoso soplo humano, irán lentamente pasando al dominio de lo universal, que es la única forma de que una literatura pueda ofrecer su mensaje al mundo; de ser escuchado y de perdurar.

"Pues sólo a través de lo que tienen de particular se puede valorar el aporte que han hecho a la cultura de la humanidad. Lo esencial en una literatura no es asimilar el contorno de las cosas,

lo exterior de otros países, sino penetrar en lo auténtico de su espíritu y aprovecharlo para la propia obra. Es lo que está ocurriendo con la literatura argentina. Nuestras letras se encuentran en un comienzo, yo diría, alargando la visión, en un magnífico comienzo, incluyendo a todas las de nuestro Continente, pues, en verdad, todo proceso de creación es siempre un comienzo, cuando en realidad posee un sentido de futuro”.



**Biblioteca de Letras**  
«Jorge Puccinelli Converso»